

HOLOCAUSTO DE AMOR

SANTIAGO RIASCOS

Para la profesora Teresa de Jesús Hurtado Meza, Johana Ocoro y Mariabister Sinisterra.

Santiago Riascos
Primera edición: 27 de julio 2016
Autores editores, Colombia.
800 ejemplares
Santiago Riascos, 2016
Editorial Autores Editores
Diag. 36 bis #20-70- la soledad
Impreso en Bogotá D.C

¡Advertencia!

Se prohíbe cualquier clase de reproducción total o parcial de esta obra. Algunos de los componentes utilizados en su impresión la hacen fácilmente identificable ante ediciones ilegales. Se perseguirá a toda persona natural o jurídica que viole en cualquier forma su propiedad intelectual.

SANTIAGO RIASCOS

EDITORIAL DEL AUTOR

ÍNDICE

Canto a la ausência <Poema>

PRIMERA PARTE

Capítulo 1	10
Capítulo 2	17
Capítulo 3	33
Capítulo 4	45
Capítulo 5	47
Capítulo 6	64
Capítulo 7	73
Capítulo 8	86
Capítulo 9	89
Capítulo 10	103
Capítulo 11	105
Capítulo 12	110
Capítulo 13	117
Capítulo 14	119

SEGUNDA PARTE

Capítulo 1	121
Capítulo 2	125
Capítulo 3	138
Capítulo 4	144
Capítulo 5	150
Capítulo 6	156
Capítulo 7	160
Capítulo 8	170
Capítulo 9	175
Capítulo 10	197

CANTO A LA AUSENCIA

Se marchita mi pobre esperanza sentada en el hueco de tu ausencia mientras que anhela, con el último suspiro, verte aparecer.

Los días son instantes largos que se van sin marcharse, dejando los drásticos cambios que trae un milenio.

Mi alma, mi vulnerable alma se va y ya no tengo voluntad para detenerla.

Mi espíritu pierde el color, mis venas se quedan sin sangre, mis pasos sin huellas y mi garganta sin voz.

Ya mis ojos no tienen nada qué ver porque, para mí, ya todo se cocina en la inexistencia.

Ya mis manos no hallan qué rosar y mis labios se suicidan entre el deseo de encontrar algo qué besar.

Ahora la miel es agria, las galletas son simples y las aves no cantan.

Ahora lo dulce no existe porque nada como tus labios para la urgencia de mi boca...

Nada como tú.

Y pensar que éramos felices como nadie jamás lo fue, y recordar que nos amábamos con una fuerza más grande que la potencia que permanece sembrada en los volcanes.

Recordarlo y recordar que jamás dejé de sentirlo...

Es como matarme.

Y nada nos alcanzó, ni las primaveras, ni los octubres, ni los años y ni la vida, ya que, hasta un “para siempre”, había de quedarse corto para nuestro amor.

Aún vive en mí, preso, aquel segundo que correspondía a la esquirra de tiempo

que me bastó para amarte cuando te conocí.

Y colecciono los otros instantes, después de ese, que me llevaron a recordar que te había venido amando mucho antes de que, al mundo, se embarcara aquel día que la vida nos prestó para encontrar en nosotros mismos el sentido de nuestras existencias.

Y que te había venido amando, incluso, desde hacía mucho antes de que el mundo hubiese sido una idea de Dios.

Vives en mí, mujer distante en cuerpo, pero no en alma.

Estás sembrada en las entrañas de lo poco que aún queda de mí. En lo poco que tu soledad aún no acaba.

Zulia, Venezuela, abril, 2012

Santiago Riascos

PRÓLOGO

Fue a finales de abril en que tuve la primera idea pero inmediatamente supe que me faltaba algo para materializarla dentro de mis pensamientos. De modo que opté por la opción de hacer un cuento pensando en mi abuela fallecida para dedicárselo a ella. De este modo fue que nació el primer capítulo de este libro. Aquella noche me senté en mi escritorio con ansias de narrar cualquier cosa, pero sin perderme en mis propias letras para no desviar mi objetivo. Escribí 4 páginas y luego me detuve muy cansado sin ganas de seguir. – ¿Qué pasará?- Me dije. Pero no me rendí. Entonces comencé una breve conversación con mi madre, donde ella empezó a hablarme de Felícita, una hija muerta de mi abuela que se extravió en el mar, y desde luego, supe que ese era un buen punto de partida para iniciar mi cuento. Solo supe cuán equivocado estaba cuando terminé de escribir la primera página, porque fue cuando me detuve por primera vez desde que había iniciado, para ser consciente de lo que estaba haciendo posible. La sangre me corría de un modo desenfrenado y las ideas llegaban a mi cabeza como el agua llega a la tierra en los terribles inviernos y en ese momento una razón con un olor distinto me opacó la memoria.

-Esto no puede ser un simple cuento...- Me dije-. Y continúe escribiendo hasta que el sueño me abrazó. Comencé a escribir todos los días durante horas largas y aun estando distraído, el libro no salía de mi pensamiento. Pensaba en él cada instante de la vida y a veces terminaba soñando con él al término de soñarme a mí mismo dentro de él. Fue un proceso arduo ya que no contaba con el sosiego necesario para aquella rutina que me había planteado yo mismo. Sólo las madrugadas de cada día, de esos días saben cuánto las

amé, porque ellas fueron una de las principales partidarias para que esto fuera posible, ya que en ellas encontraba el silencio que durante el día no existía. Mis más profundos agradecimientos a Venezuela, pueblo valiente de paciencia sin fin. Fui testigo de todo lo que se derramó en tus tierras, porque viví una parte de su espeluznante época mientras escribía este libro que hoy hace 1 año terminé.

Santiago Riascos

*La vida es como la virginidad: sólo se pierde una vez.
Vívela.*

Santiago Riascos

*María, aun te recuerdo porque no es la memoria sino el
corazón, el que decide hasta dónde llega la Existencia.*

CAPÍTULO 1

Desde la partida de María Felícita, no existía algo más horroroso que los impávidos destellos de las últimas horas de la tarde. Cada rayo de luz le transportaba a la memoria recuerdos insustituibles, aún para un hombre como él que había logrado sobrevivir a distintos tormentos del corazón. Permanecía sentado en el viejo mecedor de madera en donde ella fingía hacer algo distinto que solo pensar en él. Desde su partida los días se habían convertido en los principales testigos de su muerte y las noches en las compañeras más compasivas por el rigor que sentían en su soledad. Dormía donde lo encontraba el sueño y despertaba donde la mañana apenas lo podía alcanzar. Había perdido el sosiego de su alma. Los desórdenes de su memoria no eran más que una quimera de pensamientos sin fin. Cada pliegue del rigor de su esperanza se había desvanecido con el semblante del hombre que un día fue a su lado. El capitán Mario Garcés, aquella tarde de agosto en que lo fue a buscar tuvo que gritar fervientemente su nombre, al término de derribar la puerta con un drástico movimiento, impulsado por la cólera de un pensamiento que lo traía desde hacía algunos días atormentado; lo había pensado y dicho tantas veces mientras navegaba, que en ocasiones terminaba convenciéndose de una realidad que sólo él traía al mundo con el proceder audaz pero certero de su memoria.

—Pobre hombre, un día de estos se va a suicidar...

Decía el capitán en una jerga que apenas si se le lograba entender, mientras hablaba con el tabaco en la boca, exhalando el humo por la nariz. La puerta se abrió de par en par y el capitán tuvo que aguardar en la entrada mientras se

desvanecía el polvo que le opacaba la vista, a la vez que tosía cubriéndose los ojos, pregonaba con áspero acento:

—Esta casa tiene más de sesenta años y parece que esta puerta jamás se hubiese abierto.

Realmente faltó poco para que el capitán no se equivocase: la puerta no se había abierto desde hacía tiempo. Cuando el polvo desapareció entre las líneas de viento que entraron con el capitán, pudieron contemplar el cadáver de un hombre postrado en un mecedor de madera con el cuerpo aún tibio y con un retrato de María Felícita en las manos. El capitán apenas tuvo tiempo de la desconcertación porque las personas que estaban tras él, rompieron el silencio de la muerte. Nadie se atrevió a tocarlo en ese instante por una orden procaz del capitán. Después de treinta minutos de esperar al médico forense del pueblo, el capitán perdió la mansedumbre que por un instante se le había sido otorgada por obra de la resignación. Aún nadie tocaba el muerto y luego de cuarenta minutos, un niño se acercó al mecedor mirando el cadáver con mucha atención, entendiendo la autoridad drástica de la muerte, y mientras trataba de imaginar el lugar donde iban a parar los muertos como él, lo mordió la sospecha de que no existían estragos más espeluznantes que los desastres de un corazón enamorado y achantado por la soledad sin siquiera contar con el consuelo de la esperanza. Tocó su mano izquierda y no tuvo tiempo de asustarse, porque entonces, en ese momento comprendió más que nada en el mundo que no existía algo más grande que el amor y mientras tocaba su cuerpo, puso en inercia la otra mano y le cerró los ojos con sutileza mientras susurraba.

—Pobre Don Agustín, aún estaba joven.

Era verdad. Su último cumpleaños lo había celebrado con el prestigio infalible de la compañía de María Felícita y fue el

primero de 30 en que se sintió más feliz que nunca, porque aún no había experimentado las innumerables fascinaciones que el amor otorga en la cama. Cuando el médico llegó, antes de decir nada había percibido que aquel caso estaba lejos de ser una obra de suicidio. Pues, se habían fijado en el estado en que lo encontró y el retrato que tenía en las manos lo llevó a pensar que su muerte era una obra empedernida del paladín del amor. Cuando lo tocó ya estaba frío, hizo una breve cizaña al alumbrarle los ojos y lo desconcertó el niño que estaba a su derecha observando el cadáver sin asombro.

–Apártate, te puedes asustar al verlo a los ojos.

El niño se apartó con los ojos encharcados y el médico le pidió al capitán que lo sacara del lugar porque creyó que se estaba llegando en él, el miedo que no había encontrado al contemplar el cadáver. El médico miró al niño y en un tono de voz más tenue que el que acostumbraba a usar lo envió a casa y jamás sospechó, ni supo, que de tantos que habían ido a reconocer las imprudencias de la muerte, sólo aquel niño se había atrevido a cerrarle los ojos. El capitán envió la noticia de la muerte de Agustín a sus padres y la noticia los sorprendió como el peor percance que jamás habían podido imaginar aún entre las innumerables desventuras de sus amores furtivos. Don Cornelio Ramos, apenas estaba recobrando la original lucidez de su fisonomía, mientras su esposa eliminaba con nuevas sábanas el rastro de la siesta de la que iba despertando, cuando la noticia los arropó. Dominga María Torres, apenas pudo tratar de no caer y de contener los ahíncos golpes de su corazón al escuchar la noticia de su hijo Agustín.

– ¡Nos quedamos sin hijos! ¡Qué hemos hecho para merecer tal castigo!

Decía Dominga María con el rigor de unas lágrimas irreprimibles por el impacto de la muerte de Agustín. En los últimos años se les habían muerto las dos únicas hijas que la vida les había obsequiado y Agustín era el único que quedaba. Por otra parte, Cornelio, al escuchar la noticia empezó a vestirse con unos ligeros movimientos que no le daban tiempo de fijarse qué se estaba poniendo en el cuerpo. Corrió a la cocina por el revólver que conservaba como reliquia de uno de sus mejores recuerdos, porque fue la primera arma peligrosa que lo ayudó a vencer su miedo y que lo acompañó en una de las muchas guerras del estado civil. Mientras caminaba con ella a la puerta, se cercioraba de que funcionara y lo mordió la certeza de que en mejores condiciones no podía estar para enfrentarse a otra guerra. Dominga, su esposa, pudo percibir en él, el rencor inquebrantable que jamás le había sentido ni cuando en uno de los velorios anteriores había jurado matar a Dios. Trató de frenarlo, aunque desde luego, supo que faltarían más que sus palabras para hacerlo.

-¿Adónde vas con esa arma?- Preguntó.

Cornelio, segado por el dolor insoportable que le carcomía las entrañas con recuerdos que desaparecían mientras aún estaban en revelación, subió la pistola y la concentró en la frente de su esposa con el dedo en el gatillo.

-Quítate o te mato a ti primero- Dijo.

Dominga María nunca había reconocido en su voz, como aquel día, aquella autoridad bañada de hidrofobia que solo podía ser obra de los demonios del infierno. Lo miró fijamente a los ojos con la impávida decisión de volver a preguntar y en un tono más tenue le dijo:

-Solo quiero saber adónde vas para ir yo misma, antes que me manden la noticia.

Cornelio Ramos, entonces, jamás se sintió más decidido y propio.

–Nos mataron a Martha, ya pasó, nos mataron a Lucrecia, ya pasó: el agua se tragó a María, pero ahora se muere el pendejo que mató a Agustín.

Su esposa no dio un instante más de conversación y la abrazó la resignación de verlo desaparecer. Se apartó del marco de la puerta y recostada en la pared lo vio desvanecerse en el camino de aspecto pueril por la sutileza que la metamorfosis planteaba en aquellas hierbas que ella tanto admiraba. Llegó a la casa de Agustín con el revólver en las manos y en compañía de cada uno de los demonios que decidían por él en ese instante, pero desafortunadamente para el sosiego de su espíritu y la satisfacción del diablo, no encontró a nadie salvo un niño que le dijo que se habían llevado a Agustín a la morgue. Cuando llegó, encontró al médico forense que iba camino a su casa para decirles que se había tomado la molestia de preparar el cadáver para el entierro.

–¡Qué entierro de mierda ni qué nada! ¿Quién lo mató?- Interrogó Cornelio.

El médico forense, quedó desconcertado y en ese momento desconoció a Cornelio Ramos y recordó las tardes en que se sentaban a componer cancioncitas para las madres, con la ideología que ambos compartían diciendo: – Las mujeres son la mejor idea de Dios- El médico desconoció por completo la autoridad procaz del proceder de sus palabras y no supo en qué momento Cornelio Ramos lo había tomado por el cuello de la camisa: se enteró cuando lo empezó a sacudir con fuerza preguntándole una y otra vez sin tiempo de otorgarse así mismo para escuchar la respuesta.

– ¿Quién lo mató?